

GRACIELA ARANIS-BRIGNONI EN EL INSTITUTO CHILENO-NORTEAMERICANO

Por ENRIQUE LAFOURCADE

Resulta, en verdad, difícil situar esta pintura. Su filiación exacta, dentro de la historia del arte, se nos escapa. A primera vista, muy a primera vista por cierto, semeja una postimpresionista interesada únicamente por problemas de color. Sus paisajes, algunos ejecutados con una técnica casi puntillista, tienen una tonalidad agria y convencional. Allí, evidentemente, no hay nada. El dibujo es apenas una discreta línea directriz sobre la cual la artista coloca suaves empastes. El mundo exterior no la toca; y si la toca, no la conmueve; y si de alguna manera la conmueve, no es lo suficiente como para suscitar en ella el deseo de comunicar *creadoramente* esta conmoción sensible. Pero hay algo más que estos paisajes.

Y así vemos otras obras —composiciones de interiores con figuras humanas— en donde su lenguaje plástico es claro y elocuente. Niñas en reposo de vestiduras lilas, en sillones de suaves contornos, rodeadas de búcaros con flores. Flores, asimismo, en el tapiz de los sillones. Todo estos elementos y otros más —cromáticos, de composición y de dibujo— contribuyen a organizar una obra cuya atmósfera, a pesar del mediodía aparente que hay en esta pintura, es sórdida, espesa y cruel a la mirada del espectador.

Digamos algo de su "Ofelia". Es uno de los cuadros más intensos de la artista. Su dibujo se ha revuelto hasta el exceso peligroso de ocultar la forma. No hay reposo todavía en esta Ofelia. Dijérase que aún lucha por salvarse; que, de espaldas en el agua, se agita y se retuerce por lograr la orilla.

Sabemos que la verdadera Ofelia —aquella de la cual



Graciela Aranís, en su taller, examina críticamente una de sus obras...

Rimbaud dijo: "la blanche Ophélie flotte comme un grand lys"— se dejó llevar por la corriente sin experimentar angustia. Obscura de color, tosca y convulsamente dibujada, tiene esta Ofelia de Graciela Aranís, sin embargo, no sé qué raro encanto. Y fuerza. Examinemos otras obras. "Rincón de taller", e "Interior", reproducidos junto a esta crónica, confirman las virtudes centrales de la artista. En el primer cuadro, pintado sobre madera, la figura en reposo, inclinada hacia un ángulo, ha recibido un tratamiento de suaves manchas, muchas de las cuales han sido aplastadas por la espátula, o, simplemente, raspadas. Hay aire y luz en este cuadro. Graciela Aranís casi no utiliza aglutinante, lo que da a sus obras una textura seca; sucia en algunas, fresca y delicada en otras.

En el segundo, mejor dibujado y compuesto que el anterior, el ornamento, el arabesco casi matissiano, invade y resta importancia a la figura central. La mirada salta hacia el candelabro, los suaves contornos del sillón, el tapiz del mismo cuyas flores se confunden con las reales, las del florero. En el interior de esta composición de trazos nerviosos, cálida de color, la figura emerge serena, finamente modelada. Dos procedimientos pictóricos reunidos en una misma obra. La eficacia de ambos está comprobada luego en cuadros como "Cabeza de Niño" y "La Nieta de Paul Eluard", encantadores ejercicios de dibujo y color.

"Bailarina" es una obra que une un tosco dibujo con un fresco colorido. La figura reflejada en el espejo tiene un gesto y una actitud que no corresponden a la bailarina que suscita la imagen. En efecto, aquélla tiene el rostro bajo, la mano caída, casi en reposo; mientras que su imagen está tensa, casi crispada. Detalle que —nos parece— no ha controlado la artista. "Verano en Meudon", y otra obra igualmente denominada "Rincón de Taller", con una gama cromática más oscura y de una materia pictórica más trabajada y suave, representan de manera feliz una nueva dimensión en la obra creadora de esta artista, llena de conato lírico y espiritualidad.

Porque, esa es —por sobre toda otra consideración de técnica, de oficio— la virtud fundamental de Graciela Aranís: haber sabido representar un mundo en donde se advierte, impacientemente, el temblor del espíritu. Esa palabra vaga, enigmática, que designa algo que tan pocas veces suele encontrarse en la pintura chilena.

E. L.

"NUEVO ZIG-ZAG"

Nº 2506

4 - IV - 1953